

III.

EL LABORATORIO.

A principios del reinado de Luis XVI, se veía aún la casa en que Sainte-Croix componía sus venenos después de su salida de la Bastilla. Aquella casa estaba situada en una callejuela sin salida á la cual daban el nombre de Callejon de los mercaderes de caballos de la plaza Maubert.

Sainte-Croix no podía escoger un mejor sitio para estar al abrigo de las sospechas, ó para evitar las visitas de los señores sargentos del rey. Para llegar á aquella casa era preciso atravesar la plaza Maubert, la cual siempre estaba llena de inmundicias y un patio sucio y oscuro: al frente se veía una habitacion de dos pisos, llena por todas partes de grietas, construida con tierra y palos, y en la que habia cuatro ventanas: en el interior se encontraba una escalera tan débil y dislocada, que al subir por ella se cimbraba toda, unas paredes negras y ahumadas, y algunos aposentos en los que apenas penetraba la luz del día.

Tal era la casa que Sainte-Croix alquiló á la señora Bernard, bajo el nombre de M. de Breuille en el año de 1662.

Ya hacia diez años que vivia en aquel callejon, y circulaban en el vecindario cuentos bastante raros de él. Unos le veían como á un hechicero poseido del diablo; otros como á un desgraciado pecador que expiaba sus faltas trabajando una gran obra: aseguraban muchos, que los mas atrevidos habitantes de la plaza Maubert, no habian osado jamas encontrarse frente á frente con él después del toque de queda.

Lo que hacia nacer sus temores era, que á menudo, allá al medio de la noche, los vecinos le habian visto entrar furtivamente con su criado, llevando algunos paquetes ensangrentados.

Una noche, que la luna daba de lleno en su cloaca, se vieron distintamente pasar tres personas embozadas en sus capas y al otro día solo se vieron salir dos.....

Todas estas historietas, comentadas é interpretadas por las buenas lenguas de la calle de Amboise, eran nada después de lo siguiente:

“El padre Cristóbal, decian las comadres de la plaza Maubert, decano de los mendigos de Nuestra Señora, oyó en la noche del día de Todos-Santos de 1670, una fuerte detonacion que le despertó sobresaltado. Se levantó, abrió las ventanas de su habitacion y vió en la casa de M. de Breuille, enmedio de una humareda amarillenta, al diablo en persona degollando con las uñas un cadáver tendido sobre una mesa. El miedo le hizo dar un grito; la vidriera de la casa de M. Breuille se cerró al momento. Tres dias después, el padre Cristóbal entregaba su alma al Criador.”

¿Qué es, pues, lo que sucedía en la casa de M. de Breuille? Para saberlo, pasemos los escalones apollados de aquella débil escalera; pasemos á una especie de sala amueblada muy sencillamente, alcemos una tapicería, apoyemos el dedo sobre un boton oculto en la pared, y penetremos á un lugar oscuro que desde ahora llamaremos el laboratorio de M. de Sainte-Croix.

Figuraos un interior cual podría pintarlo Ruysbranc, Rembrand, Van-Ostade, Collot y Roqueplan reunidos: un interior mas sucio que el gabinete del astrólogo Ruggieri; mas sombrío que la celda de Claudio Follo, el arcediano de Nuestra Señora: figuraos una pieza pequeña, angosta y baja, con las vigas del techo descubiertas y alumbrada débilmente por una vidriera, cubiertas las paredes con figuras simbólicas, signos, gorglíficos de caracteres árabes, hebreos y griegos, y suspendidos en todo el rededor de aquel reducto, esqueletos de animales, pieles de serpientes, reptiles rellenos de paja, máscaras de vidrio, pergaminos, mapas, atlas, libros, cajitas llenas de crisoles, redomas, plantas y minerales. Mirad ahora á la derecha y hallaréis multitud de hornos ordinarios de varios tamaños, matraces, vasijas de cristal y vasos de barro: al frente, el famoso *horno filosófico*, el regenerador de los alquimistas, donde se lleva al cabo la grande obra por medio de la destilacion del elixir de larga vida: á un lado, mesas de mármol sobre las que estaban tendidos algunos restos humanos; y en fin, á la izquierda, un gran escritorio con embutidos de cobre, cubierto de papeles, de paquetes abiertos y cerrados, de alambiques de todas formas, y enormes infolios cubiertos de una doble capa de polvo y ceniza.

Delante de aquel escritorio estaba Sainte-Croix, á quien encontramos muy envejecido, ocupado en descifrar algunos caracteres groseramente trazados sobre un viejo pergamino.

—Maldito sea el idioma de los alquimistas! exclamó dando un fuerte golpe sobre el *Speculum Alchimie* de Roger Bacon, que tenia abierto ante sí: siempre emblemas, figuras, símbolos, hasta para designar las cosas mas triviales! Aun cuando abra las obras del árabe Geber, ó las del sabio Albertus Magnus, los tratados de Arnaud de Villeneuve ó de Raymond Lulle, siempre la misma oscuridad!

Calló por un momento, después leyó en voz baja algunas páginas de un libro en cuarto con broches de plata, y replicó:

—Juan de Meung, Nicolas Flamel y Jacques Cœur, el desgraciado tesorero

de Carlos VII, han interpretado como yo *Mars* por acero, *cheune creux* por crisol, *cygne blanc* por mercurio, y han obtenido el resultado que se proponían: por qué desmayar entónces? El sabio Philactète no ha dicho:

“No creais que la ciencia de la alquimia ha sido conocida por algunos de nosotros por un azar, como tontamente creen muchos ignorantes. Para conocerla, hemos sudado y trabajado mucho: hemos pasado multitud de noches en vela, así es, que vosotros, no haceis mas que comenzar y estad persuadidos de que no lograréis vuestro objeto sin tener ántes gran trabajo.”

Vamos, si los alquimistas son de buena fé, lo que en rigor puede ser, replicó mostrando con el dedo un crisol colocado cerca de una ampolleta, allí tengo con que hacerme un hombre honrado, y lo que es mas, rico: rico como un hacendado general, qué digo? como un intendente de finanzas! O fortuna, solo tú sabes hacer hoy milagros! El oro! pero el oro, es mas que la vida y la felicidad, el oro, es el cielo!... y yo, no tengo mas que deudas!

Sainte-Croix acompañó estas palabras con su sonrisa: se levantó, tomo una ampolleta, unos vasos y vasijas y los puso sobre el horno: echó en un alambique de cristal un aceite espeso, y comenzó su operacion.

Un crisol de barro de forma estraña, recibió diversas sustancias, muy difíciles de descifrar atendiendo á que las redomas que las contenian no tenian mas etiqueta que un signo astronómico. Hizo fundir una cantidad de cera blanca mezclada con goma tragacanta, diciendo en voz baja dos palabras al parecer pertenecientes al idioma árabe, dejó caer suavemente esa nueva composicion en el crisol, y cubrió el todo con mercurio pronunciando en alta voz esta célebre frase de Gébert:

“El mercurio, es el alma de la alquimia!”

Cerró cuidadosamente su crisol y con unas largas tenazas lo puso en medio de un brasero.

El rostro de Sainte-Croix, pálido y siniestro, enegrecido por el carbon y á la luz de aquella lumbre rojiza, tenia algo de espantoso. Su laboratorio sumergido en la oscuridad, no recibiendo mas luz que la que entraba por las grietas, parecia una parte del infierno.

Sainte-Croix soplabá el fuego del brasero hacia cosa de una media hora sin atreverse á alzar los ojos ni voltear la cabeza absorto en su operacion.

El reloj del Cármen se hizo oír: entónces se para, y voltea la ampolleta.

—Unos cuantos minutos mas, dice, y el secreto de la piedra filosofal no lo será para mí. Operando así, añadió, es como el elector de Mayence hizo el oro que, segun dicen, tenia ochenta quilates, y Gustenhowen de Strasbourg, segun el célebre Jacobo Heilman, cambió en 1.604 delante del Emperador Adolfo II, las balas de plomo en plata y las de fusil en oro. Veamos si lo he logrado, y si el crisol tiene un rojo anaranjado como lo indica el *Libellus de Alchymia* de Alberto el Grande.

Retiró del horno el crisol, coloreado casi cual un fierro enrojecido.

—La alquimia es una ciencia! exclamó con el parasismo de la alegría, y Philactète tiene razon en decir que solo los ignorantes dudan de ella! Al fin tengo oro! oro para adormecer mis remordimientos, para pagar mis deudas, para poner término á mis nuevos crímenes!... Bah! replicó alegremente, olvidemos el pasado y pensemos solo en el porvenir!

Tomó el crisol lo puso varias veces en una vasija llena de agua y lo rompió con un mazo para sacar las ricas materias que debia tener... Pero cuál fué su pesar al ver en vez de una barra de oro, un metal negruzco, tirando á gris, que con certeza estaba muy lejos de ser precioso.

—Desgracia! exclamó Sainte-Croix apretando los dientes y arrojando al brasero el fruto de seis años de trabajos, de estudios y esperiencias.

Su dolor fué tan grande, que por muchos minutos se estuvo de pié, inmóvil delante del horno, con los ojos fijos sobre el metal en fusion, y hubiera quedado tal vez mucho mas tiempo aún, si tres golpes, dados discretamente en la puerta, no le hubiesen hecho volver en sí.

Era Martin, su criado, que le traía dos cartas: la una del usurero Belleguise, y la otra del señor de Caumont.

—Ah! señores míos, queréis que os salde vuestras cuentas al instante, dijo Sainte-Croix con rabia, despues de haber recorrido con la vista las dos cartas: vos, de Belleguise, porque rehusé hacer ocho dias envenenar á vuestro suegro! y vos, de Caumont, porque no quiero reconocer las diez mil libras que me robasteis en el juego!

Estrujó las cartas y comenzó á recorrer su laboratorio. De improviso, como herido por una súbita idea, se para.

—No hay que vacilar mas: Belleguise es rico, confiado, interesado: escribámosle... vendrá aquí... entónces, tendré un acreedor menos, treinta mil libras pagadas y mañana, podré enviar á cobrar á la casa del difunto Belleguise la cantidad de sesenta ó cien mil libras, segun me plazca.

Sainte-Croix se sentó en su escritorio y escribió la siguiente carta.

“Mi querido de Belleguise.

“No podia llegar á mejor tiempo vuestra carta. Al fin, he obtenido el fruto de mis trabajos: soy rico; he encontrado el famoso secreto de la trasmutacion de los metales. Venid pues á verme esta tarde á las seis, os espero en mi casa para daros parte de mi nuevo descubrimiento y saldaros vuestras treinta mil libras.

“Vuestro de corazon,

“DE SAINTE-CROIX.”

“Es 16 de Julio de 1672.”

Releyó este billete, lo selló, tomó de sobre su escritorio una redomita de vidrio blanco que contenía un licor descolorido, llamó á su criado y le dió la carta

diciéndole: "Para M. de Belleguise," y añadió confidencialmente en voz baja: "Cien escudos para tí, si mañana, ántes de anochecer, M. de Caumont ha tomado este licor."

—Y son dos deudas menos! dijo frotándose las manos y entrando á su laboratorio.

Después de algunos minutos, se le veía, cubierta la cara con una máscara de cristal, ocupado en trasegar varios líquidos de diferentes colores: estando en esto, oyó una puerta que se cerraba poco á poco y ruido de pasos en la antecámara. Se puso á escuchar y al mismo tiempo la puerta de su laboratorio rechinó ligeramente.

—Abre, soy yo,—dijo una voz de fuera.

—La marquesa!

Era ella en efecto!

Sainte-Croix apretó un boton de metal y dejó caer la tapicería que ocultaba la entrada á su laboratorio; ofreció á madama de Brinvilliers un gran sillón, la ayudó á desembarazarse de su manto y se sentó junto á ella.

La marquesa, no era ya la muger jóven y bella que hemos visto al principio de esta historia. Su rostro, de una palidez mate, llevaba las señales del sufrimiento: sus ojos estaban hundidos, sus labios lívidos y sus largos cabellos negros habian encanecido.....

—Te sorprendes de verme;—dijo ella con voz débil y poniendo una cajita en una silla; habia jurado no volver á pasar por esa puerta después de la horrorosa noche en que me trajiste aquí temblorosa, perdido el conocimiento.....

—La noche del 16 de Julio de 1670, después de la muerte del teniente civil, si mal no me acuerdo.

—Sí. Pues bien, Sainte-Croix, he violado esta promesa porque, apesar de mi hermana, he querido verte ántes de partir.

—Antes de partir? interrumpió Sainte-Croix.

—Antes de dejar la Francia para siempre! Escúchame: esta vida de adulterio y parricidio, me pesa: no puedo dormir mas bajo el techo en que mi padre y sus dos hermanos han muerto envenenados por mí y por tu causa. Si estoy dormida ó velando, veo la sombra de mi padre que se para ante mí y me llena de maldiciones! Esto es horrible, ¿no es verdad? Así, pues, me voy de Paris; quiero ir á vivir en medio de la soledad, á fin de obtener con mis súplicas, mis oraciones y mis lágrimas, el perdon del cielo.

—Y yo, dijo dolorosamente Sainte-Croix, puedo acaso ser dichoso después de perderte.... Hago lo posible por olvidar mis crímenes, mas, no puedo. Mi vida, Margarita, es una agonía perpetua.... He aquí á donde me ha conducido la venganza y la sed del oro!

Después de un largo silencio, la marquesa con un tono solemne, dijo:

—Es preciso que nos sepáremos, Sainte-Croix, y que ambos vivamos pensando

do en la salvacion de nuestra alma. Toma, le dijo dándole un pergamino, aquí tienes con que pagar tus deudas y hacerte un hombre honrado.

—Cómo! Margarita! dijo Sainte-Croix sorprendido de tanta generosidad!

—Acéptalo, y deja esta casa: rompe esos instrumentos testigos de nuestros crímenes; deja á Paris donde no estás ya en seguridad, y vé á concluir tus dias fuera de Francia.

Habia en la voz de la marquesa tanta uncion, que Sainte-Croix se conmovió: le tomó las manos y se las besó multitud de veces sin poder proferir una sola palabra.

Madama de Brinvilliers se levanta, se cubre con su manto y con voz firme hace su adios á Sainte-Croix: después, con un tono mas tierno, le dice:

—Escribe algunas veces á Sor Margarita, al convento de la Visitacion de Liége.

Sainte-Croix quedó solo, se puso á reflexionar sobre la aparicion repentina de la marquesa y la donacion que acaba de hacerle.

—Margarita tiene razon, dijo: aun puedo ser un hombre honrado: con este dinero, pagaré á Pennautier, Belleguise y de Caumont; compraré en la corte un cargo que me dé de quince á veinte mil libras, abandonaré esta cloaca, daré á mi criado Lachaussé, que me es tan fiel, una pension....

En este momento dieron las cinco.

—Las cinco, dijo: Belleguise no debe tardar en venir á visitarme.... Pero gracias á esta donacion, puede venir ya sin temor.... y entretanto, vamos á destruir esos venenos que solo con el olor que eshalan dan la muerte.

Hizo mover el boton oculto en la pared y entró á su laboratorio.

Por espacio de un cuarto de hora, se estuvo escuchando el ruido monótono de un liquido que se consume hirviendo, cuando derrepente un estrépito semejante al de un vidrio que se rompe, se oyó distintamente. El mismo estrépito se repitió por segunda y tercera vez: hubo un instante de silencio, después, un cuerpo pesado cayó sobre el suelo y todo volvió á quedar en quietud....

Acababa de dar el reloj del Círculo la última campanada de las seis, cuando un individuo vestido de negro, alto, seco y flaco, de un rostro en el que se retrataba la falsedad y de un andar vacilante, entró mirando por todas partes, como si temiese ser seguido ó que hubiese alguna persona oculta en la antecámara. Dió un paso, teniendo siempre con la mano la hoja de la puerta, se paró de puntillas, se agachó, atrevió un segundo paso y con sus pequeños ojos grises recorrió hasta los rincones de la pieza. Después de haberse asegurado que estaba solo dijo apuntando al laboratorio.

—Debe estar allí.

Se adelanta aun hasta la tapicería tomando las mismas precauciones: la levanta y fijando sus ojos en la puerta, trata de ver por las hendiduras lo que pasaba en el interior de la pieza pero nada percibe, se vuelve de puntillas y cierra con los cerrojos la puerta por donde habia entrado.

—Al menos, nadie me sorprenderá por este lado. Ah! Señor de Sainte-Croix, murmuró en voz baja, sois hábil, convengo en ello, pero no os debisteis dirigir á mí. He comprendido bien el sentido de vuestra carta: *vuestro de corazón*, esto me dice bastante.

—Veamos si todas mis disposiciones están bien tomadas, replicó dando aún una vuelta al rededor del aposento: esta puerta está bien cerrada; abajo, en la escalera, he puesto dos lacayos armados que acudirán al primer grito y entrarán por esa ventana: en cuanto á mí, mis pistolas son buenas y no me faltarán. Vamos! es preciso que hoy, sea poseedor del secreto de la trasmutacion de los metales y de los admirables venenos de M. de Sainte-Croix!

Levantó la tapicería y dió tres golpes á la puerta del laboratorio: al mismo tiempo se dejó oír en la escalera un ruido y una voz que gritaba.

—Abrid, en nombre del rey!

—En nombre del rey! repitió Belleguise asustado: estoy perdido! á dónde huiré, á dónde me ocultaré?

Los cerrojos de la puerta de entrada cedieron á los reiterados sacudimientos de los arqueros del prevostazgo, y un comisario seguido de su escribano entró.

—Apoderaos de ese hombre, dijo el magistrado á los arqueros señalando á Belleguise.

—Pero señores, os engaÑais; no soy el que buscais; habia venido solo.... Es- cuchadme, señor Picard.....

—Callaos! dijo secamente el comisario.

Y ordenó á dos arqueros que lo amarrasen, y á otros dos de descerrajar la puerta del laboratorio.

—No sufriré semejante insulto, decia Belleguise tratando de desasirse. Ah! señor Picard, os lo suplico, haced que se me ponga en libertad: os juro que solo la casualidad.....

Y al hacer un movimiento, se le cayó una de las pistolas.

—Traeis una pistola, y en esta casa..... Oh! lo veo, la casualidad os ha inspirado muy mal, replicó M. Picard con ironía.

—Vos sabéis que soy mayordomo de mi parroquia, y ademas hombre honrado.....

—Los jueces decidirán; en cuanto á mí, lleno mi deber arrestandoos.

La puerta del laboratorio cedió al fin.

Entraron, y se encontraron tirado en el suelo el cuerpo inanimado de Sainte-Croix. Habiéndosele roto la máscara de cristal, el olor de los venenos habia asfesiado á nuestro alquimista.

Los arqueros y escribano, se apoderaron de los papeles que estaban en el escritorio y los entregaron al comisario.

—La suerte os es en contra, dijo éste á Belleguise, mostrándole un paquete de cartas: negaréis vuestra firma?

Belleguise se estremeció.

—Imprudente! dijo en voz baja el propietario honrado y modesto: qué es lo que he hecho..... estoy perdido!

—Tengo miedo, dijo uno de los arqueros con tono burlesco.

El comisario releyó atentamente muchos papeles. Llamó á su escribano, le habló al oído, y despues en voz alta dijo á los soldados:

—Al hotel de madame de Brinvilliers!.....

IV.

EL CONVENTO.

En una gran sala, cuyas bóvedas estaban sostenidas por varios arcos, adornada con cuadros de santos y que recibia la claridad por unas ventanas con vidrieras de colores, estaban sentadas sobre un banco de fresno esculpido, tres jovencitas vestidas con el traje blanco de las hermanas de la Visitacion.

—Paso en silencio algunas cosas que me conciernen y que os interesan poco, —decia la mas jóven de las tres religiosas ocupada en leer una carta,—y luego al mayor suceso que en este momento agita á todo Paris. Escuchad, hermanas mias, lo que sobre ese particular me escribe mi hermano, uno de los mas bellos y amables capitanes del regimiento de Tracy:

“Te prometí en mi última carta, mi buena Amelia, contarte en mi próxima una historia sorprendente, que tiene relacion á la de los famosos envenenadores de Paris. Tal vez esta carta será larga; pero cumpliré mi promesa.

“Para que puedas comprender bien lo que va á seguir, me veo precisado á comenzar mi narracion desde los sucesos acaecidos el año 1668. En dicha época mi regimiento tenia un valiente capitan sin nombre ni fortuna. Sainte-Croix (así se llamaba), no se sabe como se hizo amigo del marques de Brinvilliers, maestre de campo del regimiento de Normandía, quien le presentó á su esposa, y como dice La Fontaine, nuestro amable compositor de cuentos, “los dos amantes se amaron.” Duran te algun tiempo todo fué bien: la nobleza cerró los ojos á las